

Montado sobre el “guayabo”

Exploración literaria que emprende “MAC”, Carballo

ARTURO MELGOZA PARALIZÁBAL

Marco Aurelio Carballo pertenece a esa generación perdida que sucede a la llamada Mafia promovida por Fernando Benítez. Se les aproxima más o menos cronológicamente lo mismo que por la influencia o identificación que encuentra con la obra realizada por Henry Miller. Principié a leer su novela *Mujeriego* y seguí con *Diario de un amor intenso*. Incursioné luego con *Una triste figura* para culminar con *La tarde anaranjada* y *Novios en la barra* –móvida alacena filosófica que contiene aforismos, pasajes poéticos, anécdotas, reflexiones, crónicas y otros géneros.

El autor es extraordinario cuentista. Sirvan como ejemplo su magnífico primer libro *La tarde anaranjada* escrito con espléndido prefacio aunque pésima edición y otro titulado *Una triste figura*. Ninguna entre sus múltiples novelas creo que los supera. Así se advierte con esos magníficos relatos titulados “Mr. Sherman el asesino”, “Una triste figura, La juchi es una dama”, “Preguntas de mujer”, “Ardiente primavera” y otras muchas narraciones –algunas quizá por el entusiasmo del hallazgo literario llega a reproducirlas en otras obras.

Estos magníficos relatos muy bien pueden incluir a su autor como uno entre los excelentes escritores mexicanos contemporáneos. ¿Parece poco? Sólo hay que citar el lugar común representado por Juan Rulfo que se supo inmortal con dos obras ejemplares: *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*. Eso le bastó y sobró para ser único e inalcanzable. O Gutierre de Cetina con aquel célebre madrigal que dice *Ojos claros, serenos*, si de un dulce mirar sois alabados... Aún más. Es un narrador hasta cierto punto joven que nació el año de 1942 y mucho puede esperarse sobre su producción futura. Aunque existen personas a las que los círculos polar Artico y Antártico juntos no les sirven ni siquiera para extraer unos cuantos cubitos de hielo para enfriar sus bebidas alcohólicas.

Gracias a esa tendencia por emular *Trópico de cáncer* y *Trópico de capricornio* recuerdo con agrado al criminalmente ignorado Gonzalo Martré y *El Pornócrata*. El desdén que se manifiesta por algunos escritores y la admiración desmedida por otros es un fenómeno muy común dentro del medio literario nativo. Sólo hay que ver como soslayan a Alberto Quiroz y *Los magos de la revolución* y *Un papa mexicano*. Nadie lo conoce a pesar que es un novelista opulentísimo por las obras escritas y su calidad. Esto a pesar que obtuvo premios como el

Iberoamericano y el Ramón López Velarde. Además de que *Magia silvestre*, *Una mujer decente*, *Cairelito* y *El Cantinflas* fueron llevadas al cine. ¿Alguien conoce al también chiapaneco Emilio Valdés y *Las campanas del insomnio* o *La mujer de la tarjeta 50*? Ignacio Trejo Fuentes reseñó: “Dueño de un sentido magnífico de la descripción, gran caracterizador y hábil suministrador de imágenes mediante un manejo verbal que oportunamente linda en lo poético, Emilio Valdés es un narrador que merece la atención y al que hay que seguir de cerca”. *Isstecultura* le premió su narración “El monstruo” y la editorial *Voluntad* de Santafé de Bogotá le editó *Análisis de Aura* sobre la célebre novela escrita por Carlos Fuentes. ¿Y Juan Cervera y Raúl Cázares Careno?

Diario de un amor intenso es una novela donde Marco Aurelio Carballo gracias a sus protagonistas *Feldespató*, *Sergio Polanco* y *Crispín Rasgado* –o “como te llames”–, encuera con ingenua sinceridad su alma pseudoincestuosa por una tal *Caprichito* y su madre *La Pajarita*. ¿Lord Byron?: “A uno le dan enormes ganas de escribir cuando se está menso por una mujer” –manifiesta.

Relata con fluidez cada anécdota con ese lenguaje sencillo que corresponde a la formación del más logrado novelista: “Se debe escribir como se ríe no como se habla”. Sus personajes son como son y manifiestan con claridad lo que representan y se proponen. Sostienen diferentes perspectivas sobre las tesis expuestas. Corresponden a su propio pensar. Invitan a reflexionar sobre la teoría literaria. ¿Qué es lo que hace que el mensaje verbal escrito sea una obra artística? ¿Es posible distinguir entre lo que es efímera moda y lo que es arte sustancial y trascendente?

Muchas veces se omite el hecho que junto a una literatura escrita existe también la evidente presencia de una literatura oral. Ahí está la cuestión. Hay plena concordancia entre las palabras que emplea y los acontecimientos que narra sin acudir a rebuscadas afectaciones

que, cuando se usan, restan credibilidad a las personas y acontecimientos. Son naturales y espontáneos. Mantienen estrecho contacto con la experiencia vivida.

¿La literatura debe destinarse a una selecta minoría donde prevalezcan los gustos impuestos por la ilustración y la enciclopedia encumbrados durante el siglo XVIII por Dionisio Diderot y Jean d’Alembert? Una cultura pédantesque destinada a espíritus refinados. ¿Esas son las manifestaciones culminantes que ofrece la capacidad creativa del ser humano? ¿No tiene importancia el factor público, el vulgar lector, tan desdeñado por los espíritus elitistas? ¿Qué es lo que hace del mensaje verbal llevado a las letras una obra artística? ¿Es posible responder a estas cuestiones cuando ni siquiera se poseen criterios verdaderamente sólidos para distinguir como literaria una estructura verbal?



Una concreta disposición y ordenación, múltiples palabras y frases, permiten que surja la escritura. Grafía o letradura vigente ya desde el siglo XIV con el infante Don Juan Manuel. La apreciación sobre la calidad que se hace de una determinada obra literaria, sabemos, siempre es subjetiva. ¿Es artística? Aquí interviene el juicio del autor sobre su propia obra. La literatura podemos encontrarla por todas partes, plazuelas y callejuelas o transportes y bibliotecas, sin reservaciones ni asientos preferenciales. Cantinas y hoteles, vagones del Metro y restaurantes, el Distrito Federal y la región del Soconusco. Maurice Blanchot afirma: “Desde luego, puede escribirse sin necesidad de preguntarse uno por qué escribe. Un escritor, que contempla cómo su pluma traza unas letras, posee siquiera el derecho de dejarla en suspenso para decirle: ¡Detente! ¿Qué sabes acerca de ti? ¿Con qué fin sigues avanzando? ¿Cómo no te das cuenta de que tu tinta no deja huellas, que avanzas con toda libertad, aunque en el vacío? Si no tropiezas con ningún obstáculo es porque nunca has dejado el punto de partida. Y sin embargo, escribe: escribes, sin descanso, descubriéndome lo que yo te dicto y revelándome lo que yo sé. Los otros, al leer, te enriquecen con lo que te quitan y te dan lo que tú les enseñas. Ahora, lo que tú no has hecho, tú lo has hecho; lo que tú no has escrito, está escrito; estás condenada a lo indeleble, a lo imborrable”.

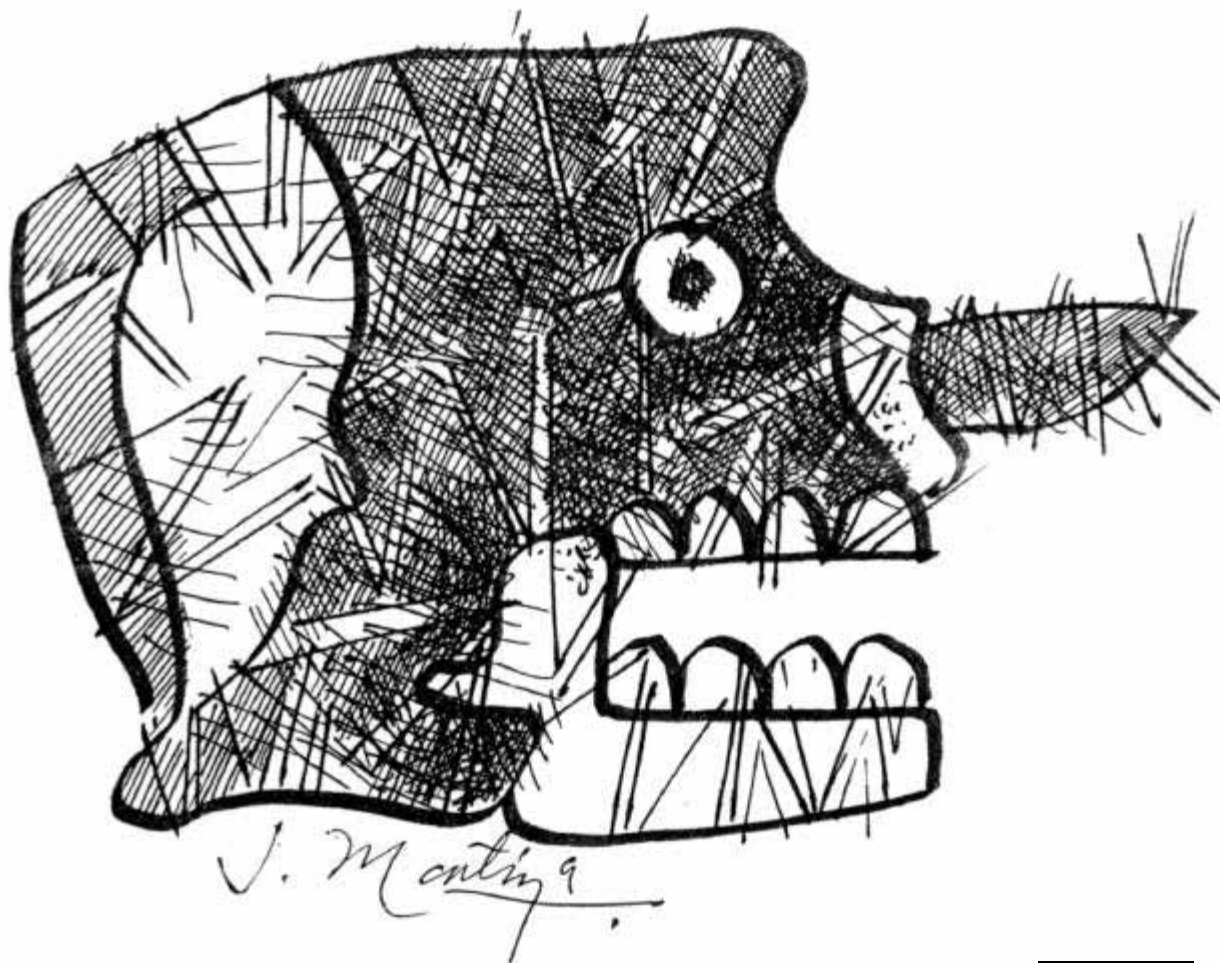
Escribir es como pretender atrapar sin redes las truchas que saltan por el río. Recorrer insospechados caminos, el “Campo de Agramante” –personaje del poema épico narrativo Orlando furioso escrito por el italiano Ludovico Ariosto–. Un lugar impreciso donde reina la confusión y nadie se entiende. Transcurrir el clasicismo, romanticismo, realismo, naturalismo, simbolismo, existencialismo. Simbiosis entre lo sincrónico, lo establecido entre un nivel estático dado, junto con lo diacrónico por todo cuanto atañe a la evolución. Simbiosis entre praxis y teoría. Una crítica inspirada por criterios subjetivos e imprecisos.

A partir del estructuralismo las letras han sido puestas dentro del horno, al igual que la crítica literaria y la estilística. Deslindar aquello que se entiende por lengua literaria y lo que se entiende por lengua común. Según José Ortega y Gasset “escribir bien consiste en hacer continuamente pequeñas erosiones a la gramática, al uso establecido, a la norma vigente de la lengua. Es un acto de rebeldía permanente contra el contorno social, una subversión”. Preceptiva, literatura comparada, investigaciones estructuralistas cuyo objeto sea el propio lenguaje. La capacidad asimilatoria que poseen las letras no tiene límites.

Leer la obra *Mujeriego* producida por Marco Aurelio Carballo, editorial Planeta 1996, me dejó sorprendido. Despierta incitantes reflexiones. ¡Qué alegría poder escarcear sobre la novela! Es una prueba muy difícil cuando el libro es escrito por un compañero muy estimable que considero excelente periodista y magnífica persona. Ni más ni menos que *El Llanero Solitario* para los cuates y *El Machacapiña del Soconusco* para las “chicas posmodernas”.

Empecé pues a leer el libro con extraordinaria curiosidad. ¿Qué secretos oculta una cabeza casi tan revuelta como la mía? Así comencé. Transcurrí por todo el volumen interesado y culminé la lectura sin advertirlo. Poco más de cien páginas con una Palomita y una bola de gandayas que transitan entre cantinas, restaurantes, hoteles y otros revolcaderos. El estado de Chiapas, recorridos deportivos por Los Viveros de Coyoacán escuchando ciertas canciones populares casi siempre –da a entender la relación que existe entre lo poético y lo musical: de la *musique avant toute chose*–, y más cuando incluye referencias a Pablo Neruda.

Asombra axiológicamente cuando la ética se erige como norma. Se pronuncia contra un padre irresponsable que deja a una amante calculadoramente embarazada y su posterior retorno con ella y el hijo abandonados. Es una experiencia compartida. A todos los seres nos toca



Jesús Martínez

representar diversos papeles amorosos. Somos diablos y demonios. Bien que lo sabe Marco Aurelio. No es ninguna víctima. Yo también, yo tampoco, puedo referirme a tal evento con cierto dominio del acontecimiento referido. El protagonista, Sergio Polanco, manifiesta asimismo inquietudes eminentemente estéticas aunque sus fines no son muy convincentes. Crear una obra literaria que le propicie obtener suficiente éxito y dinero que a su vez le permitan atraer a otras múltiples cautivas Palomitas. Nada extraño es que el principiante tras obtener cierta consolidación editorial al publicar su primer libro decida internarse sin otros avíos por la senda que lo conduzca a la consagración literaria. Ser best seller

con obras inspiradas por temas que posean una rabiosa actualidad. Pregoneros del producto comercial.

Antes había incursionado por sus libros leyéndole otra obra semejante: La tarde anaranjada. Arremetí entonces con algún prejuicio. Acaso porque presuntuosamente lo condené por lo que he llamado lo predecible del asunto novelístico. Ciertamente reincide con el tema erótico-amoroso. Escarba experiencias muy parecidas a las vividas por muchísimos sujetos. ¿A mí qué me importan los recursos que emplea el protagonista para encamar una pasajera conquista? –me dije entonces–. Las personas muchas veces, algunas ignorándolo y otras suponiéndolo, recorren el mismo sendero precediéndose o

procediéndose. Respiran y disfrutan el mismo aroma cosmopolita –éste es un desafortunado eufemismo–. No es raro entonces coincidir al tratar a virtuales amantes. Resultaríamos bastante ingenuos si nos quejáramos por la sordidez del cotidiano existir. Todos hemos padecido o disfrutado tales experiencias múltiples ocasiones. Inclusive se empobrecen cuando llegan a ser rutina. Machos y hembras somos patrimonio común. Menos que objetos. Es un fenómeno muy actual llamado simple y llanamente promiscuidad. Henry Miller con su abundante catálogo algo nos enseñó a los hombres sobre esto y Erica Jong con Miedo a volar a las mujeres. Fastuosas reminiscencias. Así es la vida. El nexos casual que enlaza la estructura social con la literatura ha sido el problema que se han planteado por ejemplo Gyorgy Lukács o Lucien Goldman y Jean Paul Sartre.

¿Escribir sobre pasiones frustradas? ¿Es acaso su mayor acierto literario? ¿Siente urgente necesidad para desalojar el dolor que le provocan tan encontradas emociones? ¿Es la única manera que le permite tolerar el rechazo sentimental padecido por una vanidad viril muy lastimada? Sabemos que tal desamor es todavía más torturante cuando la actitud femenina se torna un desafío contra todo lo que representa lo masculino. Es una permanente provocación donde se ponen a prueba casi todas las emociones y se afirma cierta oscura prepotencia genérica. Cierto. Resulta muy lacerante o imposible representar el papel del varón domado cuestionado por Esther Vilard. Y si además la presunta amante es una dizque intelectualoide, seca y vulgar como cáscara del nogal, tórnase insoportable drama. Actualmente, no obstante, es un deleite y hasta una nostalgia saber que constituyen parte del equipaje que cargamos. Tales úlceras nunca supuran pus cuando se llega a la vejez. Todo este enfangado párrafo tal vez induzca a Marco Aurelio Carballo a expresar categórico: “Voy a escribir como me nazca de lo más recóndito de los cojones”.

La nebulosidad que ofrece el fenómeno literario le permite ignorar ciertos límites a la actividad libérrima del escritor sin someterla a modelos convencionales establecidos. Flexibilidad del criterio frente a lo antiguo y lo moderno y frente a la obra ya hecha y la que se produce sobre la marcha. Son categorías estéticas, géneros históricos, aspecto público u oficioso del quehacer literario. Se corre un riesgo, ser poco auténtico, mero fruto del arte retórico. Según Benedetto Croce son dos puntos extremos del mismo arco. Prevalece el debate sobre lo que realmente es literatura y lo que no es otra cosa que pura grafomanía. Esa tendencia maniática que se manifiesta cuando se escribe por escribir sin aportar nada nuevo. Camilo José Cela la calificaba como “el enfermo rincón”.

!Qué equivocado estaba con mis prejuicios! ¿Acaso los grandes genios universales no incursionan con inusitada alegría al pretender desentrañar el conflicto amoroso heterosexual? Basta con mencionar ese insuperable monumento literario llamado Honorato de Balzac y su sólida Comedia humana. Sin razonar siquiera y sin ningún enfado leí recientemente su relamida Honorina. La novela tradicional es un intento por comprender el destino del hombre paso a paso. Un ejercicio para darle alguna coherencia al pasado. Explora las contribuciones respectivas del carácter y circunstancias que forman lo actual. Podemos explorar la facultad del pretérito para justificar el presente y prepararse para el mañana. Muy bien puede ser un episodio fragmentado.

¿Ahora me vuelvo tan exigente? –me inquirí avergonzado–. Su enorme capacidad narrativa le permite a Marco Aurelio Carballo tales excesos o reincidencias temáticas sin que alteren el interés del lector. Su gran habilidad como narrador le facilita reflexionar sobre la inestabilidad emocional. Se padecen y recrean a veces voces contrarias a las del lector. Inserta un aliento vital con sus palabras. Sus argumentos son muy convincentes. Plantea múltiples preguntas a las que no se han

dado respuestas y no tienen una conciencia definida. Una trama interesante y sólida. Los conceptos enunciados descubren el alter ego del autor. La frescura del lenguaje y el desarrollo espontáneo.

La excelente culminación resulta un tanto insidiosa o rebuscada cuando mezcla con insistencia algunas entre sus negras aberraciones o proclividades. ¿Qué es? ¿El alcoholismo o la hipocondriasis, la prepotencia del conquistador, el egocentrismo o la egolatría? Algo así me ocurrió con Norman Mailer al que admiré desde Los tipos duros no bailan. Devoré La canción del verdugo pero me repugnó Los ejércitos de la noche. Esta condición es inherente a todo relato autobiográfico. Se explotan algunos rasgos personales magnificándolos a niveles extraordinarios. Es una permanente tentación a la que muy pocos narradores pueden resistirse dentro del género.

Me he referido ya al estilo. Es la materia prima con la que el escritor modela su obra. Es excelente. ¿Acaso no nos conmueven Guy de Maupassant y Bola de Sebo? El mismo Gustavo Flaubert y Madame Bovary? El arte

universal está saturado con tales ejemplos. El mismo Miguel de Cervantes Saavedra con Dulcinea del Toboso y ese loco Alonso Quijano llamado El Quijote. Dante Alighieri asciende y desciende del infierno con Beatriz ya desde el renacimiento. Y Goethe inicia el género romántico con el Werther. Ni siquiera mencionar a los modernistas y realistas.

Ahora nos encontramos con una prosa y un contenido que muy bien podemos denominar contemporáneo por darle algún nombre. El camino se inicia ya muy perceptiblemente con escritores hasta cierto punto marginados como los beatniks o la beat generation y los hippies. Ahí están todos esos desquiciados extraordinarios con Allen Ginsberg a la cabeza que inclusive escribe su Aullido, todo un manifiesto, deliciosa poesía que dice: “Vi las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura, hambrientas histéricas desnudas, arrastrándose por los arrabales negros al amanecer en busca de un arponazo enfurecido”. Allen Tate, Lawrence Ferlinghetti, William Burroughs, Greory Corso y LeRoi Jones. Su obra tiene una intención eminentemente lírica. Jack Kerouac



Castañeda

es su narrador representativo con *En el camino*. Es un libro bastante menor que superan con suma facilidad el ya mencionado Norman Mailer o Truman Capote y muchos escritores más. Nómadas que a veces se les encuentra con la bohemia neoyorquina por Greenwich Village. Hay un autor muy interesante que sucede a este movimiento: Douglas Coupland. Publica el año 1995 un libro titulado *Generación X*. A las drogas y el pesimismo le sucede el completo aislamiento. El protagonista se refugia con dos compañeros por una zona desértica pronunciándose contra el consumismo voraz que caracteriza a nuestra época.

Atrás quedan los irrepetibles Ernest Hemingway, John Steinbeck, William Faulkner, Francis Scott Fitzgerald y John Dos Passos. ¿Por qué no mencionar la independencia con James Fenimore Cooper o Washington Irving y Edgar Allan Poe. El apogeo con la Nueva Inglaterra: Ralph Waldo Emerson, Henry David Thoreau, Nathaniel Hawthorne. Y esos monumentos Walt Whitman y Herman Melville junto con Mark Twain. El realismo con Stephen Crane, Frank Norris, Theodore Dreiser y sobre todos Jack London –sólo hay que leer su *Peste escarlata* para opacar a premios Nobel como José Saramago con el *Ensayo sobre la ceguera* y a William Golding con *El señor de las moscas*-. Los expatriados como Henry James, Edith Wharton, Henry Adams y Gertrude Stein. Una literatura asombrosa que se nutre y complementa con los clásicos novelistas rusos y los no muy ingleses Graham Greene y Joseph Conrad y ¿para qué seguir con Charles Dickens? Los franceses con André Malraux o Jean Paul Sartre, Honorato de Balzac y a la cabeza Guy de Maupassant. Los alemanes, italianos, españoles, es imposible registrarlos a todos. ¿Qué decir sobre los latinoamericanos con Juan Rulfo y Gabriel García Márquez? Pedro Páramo y *Cien años de soledad* reposan para siempre sobre cualquier parámetro.

Carballo:

Lo prometido es deuda. Aquí se acaba mi vida dizque periodística y dizque literaria. Quizá sea lo último que escribo. Lo he resuelto como los toreros cuando se cortan la coleta. Siempre he creído que muchas personas prolongamos nuestra existencia por demasiado tiempo. El suicidio lo considero un crimen artero. Actualmente vegeto: como, duermo, deambulo, bebo café y me emborracho como cualquier pecador. No soy completamente animal irracional porque prosigo leyendo y escuchando música. Nada más. No siento ningún otro entusiasmo. Penetrar tu obra me produjo primero curiosidad y luego grande alegría. Los tipos sanos no sienten envidia. Todo lo contrario: admiración. Recuerdo la primera vez que te vi. Eramos muy jóvenes y tú trabajabas para una agencia noticiosa insignificante. Más tarde interviniste para que yo ingresara a *Excelsior*. Te agradezco no sabes cuánto esa generosa deferencia. Al escarbar entre el prefacio que escribes para *La tarde anaranjada* me provocaste enorme simpatía. Me obsequiaste un ejemplar con una dedicatoria que me pareció exagerado formulismo pero íntimamente deseaba alcanzar el augurio: “Para Arturo Melgoza Paralizábal, compañero de armas y gran amigo que pronto dará un campanazo literario. Estoy seguro”. No me conocías. Al pasar el tiempo tu pronóstico resultó fallido como ahora confirmamos. Tus inquietudes personales, no obstante, son admirables. Nunca imaginé lo que habías vivido ni lo que te proponías hasta ese momento. Tus ambiciones literarias me conmovieron. Despertaron gran ternura y respeto. Siempre has sido excelente cronista. Lo probaste a rabiar durante tu paso por *Siempre!* Tu prosa es bastante fácil –es lo más difícil lograr-. Creo que eres un cuentista consumado. Me gustaría que continuaras por ese camino y así, supongo, el éxito que deseas alcanzar llegará pronto. Emplea este material como quieras. Au revoir.